

LA CUESTION HOMERICA

Recojo aquí ideas expuestas en mi curso breve sobre Homero en la Pontificia Universidad de Salamanca (noviembre-diciembre de 1953) y nuevamente las ofrezco a la inteligente atención y hasta discusión de mis oyentes de aquellos días; y otras, que la brevedad de las lecciones no me permitió exponer entonces. Pero aquí también, a pesar de la extensión de este artículo, se trata solo de un esbozo, y si ello incita a ahondar en el eterno problema homérico a alguno de mis posibles lectores, cumplido queda mi intento al esbozarlo.

Desisto por razones también de brevedad de dar una bibliografía de los más recientes trabajos de investigación homérica; pero aparte la que va apareciendo en las notas, que es la que ha estado a mi alcance, puede verse una síntesis en A. LESKY (que también cito en mi trabajo): Die Homerforschung in der gegenwart (Wien 1952), que reproduce las recensiones del mismo autor en los tomos IV y V (1951-1955) del «Anzeiger für die Altertumswissenschaft», de Viena.

1.—Homero: su existencia

Los modernos han afectado frecuentemente y, pudiéramos decir que tozudamente, no saber nada de Homero, cuya existencia misma pareció un tiempo de buen tono negar. G. Glotz, gran historiador y excelente conocedor de la antigüedad helénica, resume así la actitud de su época que es casi la de nuestros días:

«De Homero no sabemos nada, Homero no es más que un nombre. Siete ciudades se disputaban la gloria de haberle dado la luz. La mayor parte eran de dialecto jonio; pero sobre todas las listas figuraban Cima, la capital de la Eólida y luego Quíos y Esmirna, dos ciudades que fueron eolias antes de ser anexionadas a Jonia y una de ellas por lo menos veneraba a Homero como a un héroe (ESTRABÓN, XIV, I, 37, p. 646). La fecha de su nacimiento flota entre

los siglos XII y VII (en 1155 según Filóstrato; en 686 según Teopompo). La sola cosa que es cierta, la que proclama cada uno de sus versos, es que fué el más grande poeta que jamás haya existido, creador de imaginación magnífica, ordenador de maravillosa potencia. El hombre es desconocido, sólo la obra cuenta»¹.

Abro otro historiador de alto renombre y he aquí lo que nos dice de la *Iliada*:

«El que a pesar de la superabundancia mítica y a despecho de las contradicciones y discordancias, haya llegado a ser la *Iliada* un todo poemático y se imponga a nuestra admiración como una unidad cerrada, lo debemos al extraordinario poeta del siglo VIII que concibió la canción de «la cólera de Aquiles», convirtiéndola en centro del poema, agrupando todo lo demás en torno suyo y sometiendo a un plan riguroso, obra ésta, que reelaboraciones posteriores han desfigurado probablemente y encubierto. Como una concepción así tiene que nacer de una pieza y ser engendrada por un pensamiento único, se impone hablar de una determinada personalidad poética, ese genial creador de nuestra *Iliada*»². Ya se entiende que esa determinada personalidad poética, ese genial creador de nuestra *Iliada*, es Homero; pero Wilcken, seguramente por escrúpulos de conciencia histórica, no pronuncia o escribe ahí su nombre.

Por tenerlo aquí a mano, vaya otro testimonio, éste de un crítico y excelente conocedor de la poesía homérica:

«Nimbados de inmortalidad, dos poemas épicos ocupan los umbrales de la literatura europea: la *Iliada* y la *Odisea*. Términos de un riquísimo desenvolvimiento poético, su influjo sobre muchas épocas posteriores ha sido decisivo. Eternamente lozanos y bellos, son testimonios indestructibles de una fuerza popular y un arte poético insondables. Para los griegos de los primeros tiempos históricos, constituyeron documentos fidedignos de su pasado; nosotros

¹ G. GLOTZ, *Histoire grecque* I (Paris 1952), p. 115.

² U. WILCKEN, *Historia de Grecia*, p. 85 de la versión española por S. Fernández Ramírez (Madrid, 1942).

vemos en ellos a los nuncios del eterno espíritu humano, duradero a través de todas las vicisitudes de los tiempos»³.

Estos magníficos testimonios, que pudieran multiplicarse hasta lo infinito, no lo son de una obra sin autor, de los más bellos poemas humanos sin autor, de magnas creaciones sin creador; a éste se le da por supuesto y por desconocido. Ninguno de los escritores citados hubiera escrito ligeramente, como W. DURAND que «acaso nunca haya existido Homero»⁴.

Los antiguos creían saber sobre él una porción considerable de cosas y, si bien se mostraban excépticos sobre datos particulares de la tradición⁵, a nadie en absoluto le pasó por las mientes la más remota duda de que hubiera sido un hombre de carne y hueso, a par del «más grande y más divino de los poetas» (PLATÓN, *Ion*, 530 b), cosa, esta última, de que no estaban menos persuadidos que de su existencia misma. De su vida y andanzas —de un cantor andante se trata al cabo— nos han llegado no menos de ocho relatos o com-

³ G. FINSLER, *La poesía homérica*, trad. por Carlos Riba (Barcelona, 1925): Introducción. No conozco el texto original y confieso no entender bien la frase *de una fuerza popular*, pues no creo que Finsler pueda ver poesía popular, en el sentido romántico, en los poemas homéricos.

⁴ W. DURAND, *La vida de Grecia* (Buenos Aires, 1945, p. 82). No cuento a Durand entre los historiadores. Un escritor que hablando del nacimiento de Jesús se permite aludir —¡solo aludir!— a las blasfemias de Celso, no merece tan alto nombre que, naturalmente, lleva consigo muy altas exigencias. Pero, amigo, Durand escribe en la tierra del dólar y hay que traducir su obra a todas las lenguas.

⁵ Por ejemplo, PLATÓN, *República* 600 b, sobre las relaciones entre Creófilo y Homero: «...si lo que se cuenta sobre Homero es verdad». Muy interesante todo ese c. de la *República*, donde late una última contradicción de Platón: Homero no fué capaz de educar ni a su compañero o discípulo Creófilo, de vida más ridícula que su nombre de «hijo de la carne»; y, sin embargo, Platón afirma en otra parte (*Rep.* 606 e) que Homero «fué el educador de toda la Grecia» y nosotros diremos, si nos viene a pelo, que de toda la humanidad. Claro que Platón no habla ahí por su cuenta, sino que refiere lo que dicen los admiradores de Homero. Pero ¿no le admiraba él más que nadie? Y a despecho del implacable teorizante de la *República* ¿no era él mismo un Homérida más? Desterrado de su ideal ciudad, Platón seguiría leyendo a Homero como siempre, como cuando de niño le amaba y reverenciaba: *φιλία γὰρ τίς με καὶ αἰδώς ἐκ παιδός ἔχουσα περὶ Ὅμηρον* (*Rep.* 595 a).

pilaciones de varia extensión, de fondo, estilo y valor también muy vario. Son las llamadas *Vitae Homeri*,⁶ que han sido generalmente desdeñadas por los críticos. Para uno tan autorizado como A. SEVERYNS, se trata de «verdaderas novelas» biográficas, llenas de pormenores falsamente precisos, en que, con demasiada frecuencia, lo inepto compite con lo ridículo⁷. Sin embargo, otro eminente crítico, el último que ha tenido el valor de replantear toda la cuestión homérica y la ha renovado —paradójicamente renovado, pues la ha vuelto a sus términos y solución antigua— W. SCHADEWALDT, reconoce por lo menos en la llamada *Vita Herodotea* y parte del *Agón* o certamen entre Homero y Hesiodo⁸, un fondo de antigua tradición y un puñado no despreciable de datos sobre el poeta que suenan a buena moneda histórica. Homero, ante todo, existió, y negar su existencia, hágase en nombre de la crítica —íbamos a escribir solemnemente «en nombre de la ciencia»— o por filistea ligereza, pues ello excusaría la ignorancia de su obra, es aberración pareja a la de negar la *Iliada* misma. Ateísmo crítico y literario, semejante al religioso que niega al creador con la creación ante los ojos. Y si hay una leyenda homérica, ella misma prueba la historicidad de la persona, como la hiedra, por mucho que lo oculte y chupe su jugo, prueba la existencia del tronco y del árbol a que se adhiere.

A decir verdad, a la negación de la existencia de Homero se llegó por la negación de la *Iliada* como unidad poemática. Francois d'Hedelin, abbé d'Aubignac, cuya obra famosa *Conjectures Aca-*

⁶ Las *Vitae Homeri*, publicadas por vez primera por WESTERMAN, *Βιογράφοι* (Brunswig 1845), se hallan cómodamente recogidas en ALLEN, *Homeri Opera*, V (Oxford 1912), y es para nosotros la única colección accesible. Wilamowitz editó también *Vitae Homeri et Hesiodi* (Bonn 1916). Nosotros reproducimos el texto de Allen de la *Vita Hom. Herodotea* en la edición del canto I de la *Iliada* (Madrid 1944). A. SEVERYNS, *Homère, le poète et son oeuvre* (Bruxelles 1946) p. 5 reproduce la *Vita* que Proclo, gramático y filósofo de la antigüedad poniente (410-485 d. de J. C.), insertó en su *Chrestomathia*. Pero Proclo, en realidad, nada añade a las antiguas leyendas y todo queda en la misma flotante vaguedad. La *Chrestomathia*, en ALLEN, V. p. 93 ss.

⁷ A. SEVERYNS, o. c. p. 5.

⁸ El título completo de la compilación que guarda el Laurentianus 56, 1 es: *περὶ Ὀμήρου καὶ Ἡσιόδου καὶ τοῦ γένους καὶ τοῦ ἀγῶνος αὐτῶν*. Figura entre las *Vitae Hom.* y también en *Hesiodi Carmina*, ed. Rzach (Teubner 1913).

démiques ou Dissertation sur l'Iliade escrita hacia 1669 y publicada en 1715, inicia la no menos famosa «cuestión homérica, al estatuir que la *Iliada*, es una colección de poemas, cuyos autores tenían cada uno su intención particular, puede tan lógica como absurdamente hablarnos «del autor imaginario de la *Iliada*»⁹. L'abbé d'Aubignac, que ni siquiera había leído a Homero en griego —lengua que le parecía muy difícil—, no parece haber sido enemigo suyo, más bien quiso salir a su defensa en la lucha entre antiguos y modernos que dividía a sus compatriotas del siglo xvii. La defensa fué radical. ¿Defectos en Homero? ¡Ni soñar, pues no había habido tal Homero!

2.—Teoría Wolfiana

Sin embargo, la tesis de d'Aubignac no tuvo resonancia hasta que se la apropió y expuso con aparato científico —¡tan científico como verá en seguida el lector!— Federico Augusto Wolf en sus *Prolegomena ad Homerum*, escritos para su planeada edición de la *Iliada* en 1795. Este prólogo, no notable, escrito por añadidura en latín —*diese unansehnliche lateinisch geschriebene Vorrede*— (Schdewaldt), produjo profunda impresion en Alemania primero y en todo el mundo culto después, y sus ideas inspiraron de hecho, en pro o en contra de Wolf, toda la homerología del siglo xix¹⁰. Se-

⁹ Citado por A. SEVERYNS, o. c. p. 8. La obra de d'Aubignac fué reimpressa con introducción y notas por V. Magnien (París, 1925). Aun así sigue siendo obra rara. Yo no la he visto y ello explica que tenga que hablar con cierta imprecisión o vaguedad. Lo mismo se diga de los *prolegómenos* de Wolf.

¹⁰ Sería el momento de decir que también a nosotros nos llegó la conmoción, y citar algún nombre español que terciara en la debatida cuestión homérica. Pues bien, he aquí la página que Menéndez Pelayo dedica a nuestro mejor homerizante de la época:

«Desgraciadamente, Hermosilla, a pesar del mucho griego que sabía y de los aciertos que hay en su traducción, se fué al otro mundo, no sólo creyendo en la existencia personal de Homero, que esto poco importa, y es cuestión opinable, sino creyendo con entera buena fe que Homero había sido un poeta culto y de escuela, ni más ni menos que Virgilio o el Tasso, y de ninguna manera un can-

gún Wolf, Homero no había conocido la escritura, sus epopeyas habían sido concebidas de memoria, y transmitidas de boca en boca, hasta que siglos más tarde —en la época de Pisístrato— recibieron su forma actual. La unidad e indivisibilidad de Homero es problemática ¹¹. La teoría Wolfiana, profesada con más fervor por los discípulos y sucesores que por el maestro mismo, fué la muerte de Homero durante el siglo XIX; mas al surgir o afirmarse decididamente a fines del mismo siglo y comienzos del actual la visión unitaria de los poemas, no hubo otro remedio que resucitar al poeta y fué como un grito de júbilo pascual pagano el «Homero ha resucitado» ¹².

Henos, pues, al grande y divino poeta vuelto a la vida; pero no se vive impunemente durante siglos en la región de las sombras históricas. «El poeta, reconocido otra vez como persona —comenta con irónica gracia Schadewaldt— ha conservado de su época de evanescencia y desmenuzamiento la tendencia a lo ultraterreno y a

tor popular. Hermosilla no dudaba que si Homero cantó alguna vez en público, sería por su gusto o por complacer a los reyes que le protegían, pero de ninguna manera como oficio o para ganarse el sustento. Afirmaba, por de contado, la absoluta *unidad* de composición en los dos poemas, y no dudaba ni un instante que se hubiesen transmitido a nuestros días tales como los *escribió* su autor, porque tampoco sospechaba que Homero no hubiese sabido escribir. ¿Cómo no, si había *estudiado muy detenidamente las reglas del arte*, sin duda en algún manual por el estilo del *Arte de hablar*, y había tenido *por catedrático (sic)* a un tal Femio, *director de una Academia de Literatura en Esmirna*, semejante, sin duda, al colegio de San Mateo en que Hermosilla enseñaba su gramática general?» *Historia de las Ideas Estéticas*, III, p. 471 de la Ed. Nacional (Madrid 1947). Aquí nos enteramos también, de rechazo, que para el gran D. Marcelino la existencia histórica de Homero era cuestión opinable, y cierto, que Homero no sabía escribir. ¡Entre wolfianos anda el juego! En la página anterior a la aquí copiada, se da el juicio sobre la versión de la Iliada por Hermosilla, respaldado en la autoridad del «sabio helenista Don Juan Valera, uno de los pocos españoles que tienen voto en estas cosas».

¹¹ W. SCHADEWALDT, *Von Homers Welt und Werk*² (Stuttgart 1952), p. 9: «Homer und die hom. Frage».

¹² V. BERARD, en su *Introduction à l'Odyssee I* (París 1924) da la bibliografía sobre la resurrección de Homero. Otra obra del mismo Berard lleva por título: *La Résurrection d'Homère* (París 1930).

la pluralidad. Y como la *Iliada* sigue siendo un ser anfibio: teóricamente, el poema laureado de Homero y, prácticamente, la vieja obra de refundidores; así también, el poeta sigue siendo un ser oscilante y evanescente, un Proteo y verdadero *noli me tangere*, y con un miedo extrañamente mezclado de reverencia y escepticismo, no se atreve la gente a tomarlo históricamente en serio. El Homero uno está juntamente, para Wilamowitz, rodeado y maravillosamente penetrado de todo un escuadrón de pre- y posthoméricos Homeros.

Para Ed. Schwartz, en su último escrito sobre Homero,¹³ es todavía un rapsodo que forma época; pero, ni por semejas, el poeta de la *Iliada*. Como «una personalidad histórica», como «un famoso aedo», le conoce Ed. Meyer; pero «qué obra poética realizara y cuándo haya vivido, es cosa que no se averiguará jamás».

Y así, cuando Meyer,¹⁴ con su magnífico sentido de la realidad rastrea las relaciones que ligan a la *Iliada* con su tiempo y su contorno, habla por principio en plural «de los poetas», y vale para él por «época de Homero» toda la Edad Media griega con sus más de tres siglos de extensión. Fijar con alguna mayor precisión al poeta en un siglo ha de ser tarea difícil, tratándose de un duende así. Tan pronto nos sale en el octavo como en el séptimo o se corre del noveno al sexto. ¿O no sería un contemporáneo de la guerra de Troya, y no fué la «Homeric age» la micénica o submicénica?¹⁵

3. Tras las huellas de la leyenda

¿Quién fué, pues, dónde nació, qué vida llevó, qué escribió Homero? Sigamos por unos momentos la leyenda, tal como quedó consignada en la *Vita* falsamente atribuida a Heródoto, compilada en la época imperial, a varios siglos de distancia del padre de la historia, cuyo estilo y lengua quiere externamente imitar. Según ésta, el que había de ser el más grande y divino de los poetas, nace en

¹³ *Der Name Homeros*, *Hermes* 75 (1940) p. 1 ss.

¹⁴ *Geschichte des Altertums* III (Stuttgart 1937) p. 370.

¹⁵ W. SCHADEWALDT, *Homer und sein Jahrhundert*, en «Das neue Bild der Antike» (Leipzig 1942) p. 52.

Esmirna, si bien de madre cimea —de su padre no sabe nada la *Vita*— que le da a luz junto al río Meles, de donde le puso su propio nombre de Melesígenes. La mujer era pobre y del trabajo de sus manos ganaba su sustento y del hijo, y le educaba como podía. Pero había por aquel tiempo en Esmirna un maestro, por nombre Fermio, que enseñaba a los niños las letras y «demás artes de las musas», y la madre de Melesígenes le hilaba al maestro la lana que los niños le daban como paga de sus lecciones. Como no había impedimento mayor, la cosa terminó en boda, y andando el tiempo, Melesígenes hereda bienes y oficio de su padre adoptivo y es también, por unos años, maestro de niños. Uno de los muchos marineros que abordaban al puerto de Esmirna, y pasaban sus ratos de ocio oyendo al maestro, le convida con la vida errante y alegre de la gente de mar, abierta al ancho mundo, y Melesígenes, joven aún y lleno de curiosidad, cierra su escuela y se embarca anheloso de tierras y gentes nuevas, con presentimiento de que su vocación es la poesía. Todo lo mira ávidamente «y es natural —añade el pseudo-Heródoto— que tomara también sus notas». De vuelta de un viaje a Tirrenia (Etruria) y a Iberia (España), abordan a Itaca, donde enferma de los ojos, lo que no le impidió informarse sobre las aventuras de Ulises. No fué aquí, sin embargo, donde quedó ciego, sino más adelante, en Colofón —¡triste gloria que el Heródoto concede a la ciudad jonia que pretendía ser patria de Homero!— «y en esto me dan la razón los propios colofonios». De Colofón, ciego ya, vuelve a Esmirna e inicia su labor poética y su vida errabunda de rapsodo. Es el verdadero núcleo de la *Vita Herodotea*, y el narrador exorna con brèves poemas, muy bellos algunos, atribuídos todos a Homero, cada incidente de las andanzas del poeta. De Esmirna, donde no lo pasaba del todo bien, se dirige a Cima, la vieja capital eolia, pasando por Neontico, colonia suya; y en Cima, perdido su antiguo nombre de Melesígenes, adquiere el que había de pasar a la inmortalidad. El caso fué que escuchando con gusto los cimeos sus poemas y mostrándosele aficionados, Melesígenes se atrevió a proponerles que si le alimentaban a costa de la ciudad, él haría a esta celeberrima en sus poemas. Discutióse en el concejo de la ciudad si había o no de accederse a su propuesta y un *basileus*, remoto descendiente o recuerdo de los reyes homéricos, alega contra la petición que de acordarse por el concejo alimentar a todos los «home-

ros», que en dialecto de los cimeos es «ciegos», pronto tendrían una muchedumbre de gente baldía. Desconsolado y pobre, Homero abandona a Cima, la ciudad de los «ciegos», no sin antes echarle la maldición de que jamás saliera de ella un poeta famoso que la glorificara, y se traslada a Focea. Aquí un tal Testórides, maestro de niños, «hombre no bueno», le birla sus poemas, se fuga con ellos a Quíos y allí se hace famoso y rico, recitándolos como suyos. Llega la noticia a Homero y decide trasladarse a Quíos, a donde logra llegar tras muchos rodeos; pero ya se había largado de allí Testórides, el remoto salteador de propiedad intelectual. En Quíos abre nuevamente escuela, hace alguna fortuna y se casa, y tiene dos hijas —y que, por serlo, no pudieron haber dado su nombre a la familia o gremio de los homéridas de Quíos. Compone sus dos grandes poemas de la *Ilíada* y la *Odisea* y en ellos inserta, por gratitud a los beneficios que a cada uno debe, los nombres de Méntor, de Femio, de Mentos y hasta del curtidor Tiquio que le acogiera en su taller. Quiere entonces pasar a la madre patria; pero no logra su intento. Inverna en Samos y desembarca, enfermo ya, en Ios. Aquí muere y sobre su sepulcro que debió de mostrarse en época histórica, se puso este epitafio:

«Aquí la sacra cabeza en su seno esconde la tierra
del que de héroes fué ordenador, de Homero el divino».

Despojada así de su exorno poético, ¿qué podemos retener de verdad o fondo histórico en esta leyenda de Homero? Nada nos impone un absoluto asenso: pero nada hay tampoco de absurdo ni siquiera de inverosímil en estos datos. Nacido el poeta en Esmirna y llamándose Melesígenes, narradores tardíos buscaron la explicación del nombre por haber nacido a orillas del río Meles (otros, más fantásticos, le dan por padre al río mismo y hacen de su madre una ninfa). Falsa explicación, pues el nombre Melesígenes es compuesto griego, perfectamente formado y perfectamente claro. «Melesígenes» es el que cuida de su *genos* o familia: El sobrenombre de Homero, que oscureció al nombre, es también palabra perfectamente griega con fonética jonia, y significa rehén o prenda, y ella dió también a *posteriori* origen al incidente de los *bouleutai* o concejales de Cima, que rechazan al divino poeta por ciego, por ὄμηρος, cuando los ciegos, los *homeros*, según su propio dialecto, son los que no

vieron la gloria que les hubiera venido de recibirle. Total, un chiste a costa y cuenta de los cimeos, blanco que eran de otros muchos por parte de sus vecinos. De hecho, otras versiones de las *Vitae* dan al sobrenombre de Homero su sentido corriente y suponen que él o alguno de sus ascendientes fué dado en rehenes, de donde les quedaría el sobrenombre que es timbre de gloria, pues solo persona principal puede suponerse entregada en rehenes por su patria. El Homero de la «*Vita Herodotea*» nace en Esmirna, vive en Quíos y muere en Ios, después de una vida errante por varias partes del mundo griego. Ahora bien, de Esmirna le supone originario Píndaro, de Quíos en el siglo VII Simónides, de Ios Baquílides y Aristóteles, testigos todos no desdeñados (cf. *Vita V*). Los atenienses contemporáneos de Pisístrato que escribieron la inscripción de la estatua de éste, le reclaman por «áureo ciudadano» suyo, sólo en cuanto Atenas colonizó o pretendía haber colonizado a Esmirna (*Vita V*, 30). Todavía estaba por nacer Aristarco para imaginar, por razones eruditas, un Homero ateniense. Esmirna fué ciudad eolia antes de pasar a dominio jonio por conquista de Colofón¹⁶ que quiso también, por voto de Antímaco, colofonio, arrebatarle a su más ilustre hijo. Ahora bien, si suponemos resueltamente que fué ahí, en la tierra fronteriza entre Eolia y Jonia donde nace, no sólo Homero sino la epopeya misma, hallaría explicación natural un hecho sorprendente: la inextricable mezcla de dialectos, eolio y jonio, que forman la urdimbre de la lengua homérica. Esta es, cierto, una lengua literaria, artificial y artificiosa, fruto de siglos de elaboración por gentes del oficio, por el gremio o casta de aquellos aedos queridos de las musas, de que nos dan noticias los mismos Poemas (§ 481); pero una lengua en que se recitan poemas que encarnan el sentir, el alma y la historia del pueblo que los oye, por muy artificial que sea — y por ser vehículo poético ha de aspirar por ley a cierto artificio que la aleje del habla corriente — ha de tener sus raíces en el habla viva de sus oyentes, que se sentirán asidos a lo cotidiano al escuchar la palabra familiar y corriente y, a par, trasportados a mundo extraño al percibirla, no ya sólo en la música del verso, sino con timbre y formas no corrientes. La mezcla de eolio y jonio que debía de ser

¹⁶ HERÓDOTO I, 150.

corriente en la vida de ciudades como Esmirna y Quíos, no podía chocar a nadie en la epopeya ¹⁷.

4. Rapsodo andante.

La tradición, pues, que hace de Esmirna la patria de Homero, se nos presenta sólida y congruente. Observación importante: Destruída Esmirna en 575 por el rey de Lidia Aliates y convertida durante varios siglos en un montón de escombros, esta tradición se remonta por lo menos al siglo VII. La vida errabunda de ciudad en ciudad que, según la *Vita Herodotea* y, más o menos, según todas las otras *Vitae*, lleva Homero es imagen fiel de la que llevaban los rapsodos, sucesores que eran de los antiguos aedos, queridos de las musas y familiares de los reyes, a quienes se debía reverencia y honor. Así lo proclamaba el Poeta mismo en unos bellos versos de la *Odisea*, que son un auténtico testimonio histórico:

«Entre todos los hombres de la tierra, los cantores, merecedores son de honor y de respeto, pues a ellos, en los cantos la Musa amaestróles y la musa, ama de los aedos el linaje (θ 481).

Que Homero fué un rapsodo que, bastón en mano, recorrió, en

¹⁷ Así argumenta V. BERARD (*La Résurrection d'Homère*, p. 243) para fijar la patria de Homero en Mileto, que no tiene apoyo ninguno en la tradición. Verdad es que Bérard, contra su costumbre, no es nada preciso: «C'est dans l'une de ces villes ioniennes fut composé notre poème... sept villes ioniennes se disputaient la naissance du poète». En la corte de Mileto, en el séquito de los reyes neleidas y de las aristocracias cadmeas, la Grecia de los jonios tuvo sus primeros letrados, sabios y poetas (p. 257). La gloria de ser patria de Homero se la disputaban siete ciudades griegas; pero la lista varía de unas relaciones a otras: Cima, Esmirna, Quíos, Colofón, Pilos, Argos, Atenas (epigrama IV de la *Ant. Pal.* 296), Otro (ibid. 298) sustituye Itaca a Cima. La *Vita Plutarchea* ha conservado un epigrama de Antipatro (cf. *Ant. Plan.* IV, 290) en que se dirime bellamente la cuestión de la patria de Homero: «Unos, Homero, te dan por madre a Colofón, otros a la bella Esmirna, otros a Quíos, otros gritan a Ios, otros a la gloriosa Salamina, otros a la madre de los Cápitas, Tesalia; otros te dan otro techo. Pero si yo he de decir claramente lo que Febo me inspira, tu patria es el grande cielo, y no naciste de mujer mortal. Tu madre fué Caliope». Desde luego, la mayor parte de esas ciudades no tiene más fundamento a su pretensión que la fantasía del poeta o la comodidad para entrar en el dístico.

todo o en parte, el mundo helénico de entonces en sus más vivos centros de movimiento espiritual, no nos debe caber la menor duda. El «Catálogo o recuento de las naves» en el canto II de la *Iliada*, que con tanta facilidad se da por interpolado, sería como el mapa de esas correrías, y en los bellos y solemnes epítetos con que se orlan los nombres de las ciudades podríamos ver un recuerdo de gratitud del poeta que pasó por ellas, por muchas de ellas, si no por todas ¹⁸.

En Quíos le sobrevivió un gremio del oficio que se tenían por descendientes suyos y se llamaban «homéridas» ¹⁹. El encuentro de Homero y Hesíodo, de que nos habla el Agón y el interesante *Certamen* que sostienen en Calcis en los juegos fúnebres en honor del

¹⁸ En 1949 cuatro rapsodos de la mejor poesía española de hoy, Antonio de Zubiaurre, Luis Rosales, Agustín de Foxá y Leopoldo Panero, visitaron América. De esa visita salió «un poema grande, fluyente y estremecedor» —así lo califica Ridruejo—, que bien vale —opino yo— por un canto de la *Iliada*. Pues bien, Leopoldo Panero, autor del poema, ha escrito al frente de 1388 tercetos un ofrecimiento que a mí se me antoja un catálogo de las naves —aquí personas y ciudades—, que, prendidas en el corazón y en el recuerdo del rapsodo, no ha podido éste evitar que figuraran también a lo menos en el pórtico de su poema. Hasta el estilo es homérico. Por ejemplo: ...«a la trémula y líquida Calí (especialmente amada); a la voluntariosa y andina Manizales (mientras hacían una plaza de toros en un nido de águilas); a la libertad maravillosa y templada de Cartagena de Indias» etc. Yo no creo que los rapsodos del siglo VIII antes de J. C. fueran de manera distinta a los del siglo XX después de J. C.

¹⁹ STRABO, XIV, 465. Bérard (Intr. à l' *Odyssée* III, p. 446), atribuye a los homéridas de Quíos un verdadero zurcido de la *Odisea*, que les debería en forma actual, agrupación de los tres poemas independientes que en ella distingue el editor francés a la zaga de Kirchhoff. Bérard parece apoyarse en la etimología de rapsodo «zurcidor de cantos». Píndaro (Nem. II, 1) dice: Ὀμηρίδαι ῥαπτῶν ἐπέων ἀοιδοί. Pero ¿qué sentido tiene ese ῥαπτῶν ἐπέων? Los críticos dudan (cf. P. MAZON, *Introducción*, p. 258). De las tres explicaciones que trae Eustacio del nombre de rapsodo (ad Il. p 6), yo aceptaría la que interpreta ῥάπτειν en el sentido de *componer*, como ὑφαίνειν «tejer», puede tener por objeto no menos que μῆτιν y λόγον (cf. nuestros «tramar», «urdir», que pasaron también de los telares a la inteligencia). Los ῥαπτὰ ἔπη tendrían entonces un sentido perfectamente nítido. El poeta «urdiría» sus cantos. En todo caso, sólo un prejuicio crítico puede ver en la palabra rapsodo, como se quiso ver en el nombre mismo de Homero (=el que junta o une), una confirmación de las modernas teorías sobre la estructura de la epopeya homérica.

rey Anfidamante, caído en la guerra lalantina ²⁰, no es ciertamente histórico. Ya Proclo notaba con certero sentido crítico que distan familiarmente entre sí uno y otro poeta cuanto diferencia va de la poesía del uno a la del otro y, por lo demás, tampoco coincidieron en la misma época (*Chrestomathia*, Allen, p. 101). Mas en él podemos ver simbolizados tantos otros encuentros y competiciones como hubieron de darse entre gentes del oficio en las grandes solemnidades religiosas en que el rapsodo había forzosamente de hacer su aparición ²¹. Algo semejante cabría decir de ese Femio, que aparece en la *Vita* como padre adoptivo y maestro de Homero. Femio, como es bien notorio, es el nombre del aedo, que, muy a su pesar, canta en el festín de los pretendientes, con dolor del corazón de Penélope (α 324 ss.). No tiene, pues, aquí valor histórico alguno; pero podemos también atribuirle valor simbólico. Homero hubo de nacer de familia de aedos o rapsodos, de quienes pudiera heredar el oficio de poeta, como se heredaba el de médico, adivino y otros.

5. La época de Homero.

La época en que haya vivido Homero es otro campo de Agramante para los críticos, antiguos y modernos: «Al modo que se discute sobre su origen, lo mismo pasa con los tiempos en que viviera. La escuela de Aristarco afirma que vivió durante la colonización de Jonia que fué posterior en setenta años a la vuelta de los Heraclidas y ésta ochenta a la guerra de Troya. La escuela, en cambio, de Crates le hace anterior al retorno de los Heraclidas, de suerte que no dista de la guerra de Troya ni ochenta años cumplidos ²².

²⁰ Sobre esta guerra y su sentido caballeresco, cf. SCHADEWALHT, *Homer und sein Jahrhundert*, p. 72 (=Von Homers Welt und Werk, p. 109 s.).

²¹ Sobre los rapsodos debe leerse el delicioso diálogo platónico *Ion*, que si bien se refiere a un rapsodo contemporáneo de Sócrates, no es de suponer difiriera mucho de sus antepasados de los tiempos de Homero y Hesíodo. En la *Notice* de la edición de Luis Meridier (Paris, Les belles Lettres, 1931) se dan algunas referencias y bibliografía. Cf. también BERARD, *Introduction à l'Odyssee I*, p. 129 ss.; Wilamowitz, *Die Griechische Lit. und Sprache*, p. 22.

²² *Vita Homer.* II, Allen, p. e. 44 s.

Como la toma de Troya se pone por los antiguos cronólogos hacia 1180 (1193 según Timeo, 1183 según Eratóstenes), para Crates o la escuela de Pérgamo, rival de la de Alejandría, Homero habría vivido en el siglo XII, opinión que modernamente renovó Dörpfeld, el compañero del gran Schliemann en el desentierro de Ilio. «Las investigaciones arqueológicas y las consideraciones históricas nos inducen a poner la edad de Homero entre el siglo IX y XI a. de J. C., pues parece demasiado alejado el término del siglo XII propuesto por Dörpfeld y demasiado cercano el del siglo VII y aun el VI, que señala Bethe»²³; que es como si estuviéramos nosotros en dudas sobre si Cervantes es contemporáneo de Azorín y Baroja o de Alfonso el Sabio. Hay para concebir humildes pensamientos sobre nuestra ciencia. Mas si Homero fué un hombre de carne y hueso y hasta opinamos que escribió la *Iliada* y la *Odisea*, hay que buscarle una fecha en el tiempo como le hemos dado un lugar en el espacio. W. Schadewaldt afirma resueltamente: «El siglo VIII es el siglo de Homero y en él ocupa antes bien la segunda mitad que no el medio»²⁴. «La creación de la *Iliada* —escribe Paul Mazón—, aun siendo la obra de un solo hombre, no puede ser posterior a la mitad del siglo VIII, y si es obra de varias generaciones, hay que remontar su comienzo hasta la segunda mitad del siglo IX, de suerte que nos hallamos así en la misma fecha indicada por la célebre afirmación de Heródoto que pone a Homero cuatrocientos años antes

²³ C. CESSI, *Storia della letteratura greca* (Torino 1933) I, p. 564. «La guerra de Troya, según la Crónica de Paros, tiene lugar en 1220. La colonización aqueo-jonia del Asia Menor, ciento treinta o ciento cuarenta años más tarde; Neleo, el joven, funda Mileto y las ciudades jónicas hacia 1080. Hesíodo aparece hacia 940. Homero hacia 900. Estas fechas se presentan adelantadas en treinta o cuarenta años a las que dan los fragmentos de Eratóstenes. Para éste la toma de Troya fué en 1180 y la colonización jonia en 1044» (Bérard, *La Résurrection d'Homère*, p. 141s.). Bérard, finalmente, parece admitir la fecha de Heródoto (II, 53) para Homero y Hesíodo: «A Homero y Hesíodo los tengo por más viejos que yo en cuatrocientos años, no más». Heródoto escribe en el siglo V (484-425), en la Atenas de Pericles y de Sócrates. Recientemente, E. MIREAUX, *Les poèmes homériques et l'histoire grecque* (París 1948) I, p. 8, se pronuncia por fechas tan bajas como el siglo VI, para hallar, en fin, la clave del irritante enigma homérico».

²⁴ W. SCHADEWALDT, *Homer und sein Jahrhundert*, p. 56.

que él mismo (II, 53), es decir, hacia 850»²⁵. Vamos a intentar alguna precisión. Como es notorio, la primera fecha segura de la literatura griega nos la procura Arquíloco con la mención del eclipse de sol de 6 de abril de 658²⁶. Ahora bien, no sólo Arquíloco, sino Hesíodo y los más antiguos elegíacos, dependen de Homero en verdaderas citas literales²⁷ y, de modo absoluto, en su lengua poética que ha podido ser definida como taracea o calco de la lengua de la epopeya²⁸. La prueba la tenemos bien a la mano en el excelente comentario de E. Diehl, en su edición de la *Anthologia Lyrica*, en que las referencias a Homero son constantes. Podemos, pues, establecer como hecho inconcuso que Homero era autoridad en la primera mitad del siglo VII y que sus dos grandes poemas se remontan, por lo menos, a las postrimerías del siglo VIII. Hasta aquí creemos que no puede haber discusión. P. Mazón los hace aún remontar siglo y medio; W. Schadewaldt, sólo medio. Pleito sin solución, por faltarnos un punto de apoyo tan seguro como el que nos ofreció Arquíloco²⁹.

²⁵ A. SEVERYNS, en dependencia de Mazon, escribe (Homère, I, p. 12): «J'appelle Homère le poète que vers le neuvième siècle avant J. Cr. composa l'Iliade et, probablement, aussi l'Odyssée.»

²⁶ ARQUILOCO *fr.* 74 (Diehl): «De las cosas, ninguna es inesperable ni que bajo juramento se la pueda rechazar; ninguna hay maravillosa después que Zeus, el padre de los olímpicos, del mediodía hizo noche, ocultando la luz del sol esplendente, y sudor de miedo sobrevino a los humanos.. »

²⁷ HESÍODO, *Theog.* 81 ss. *Od.* VIII, 170 ss.; ARQUILOCO *fr.* 86, *Od.* XVIII, 136 s.; *fr.* 38 II, XVIII, 309; SIMONIDES DE AMORGO *fr.* 29:

ἐν δὲ τὸ κάλλιστον χῖος ἔειπεν ἀνὴρ
οἷη περ φύλλων γενεή, τοίηδε καὶ ἀνδρῶν. II. VI, 146.

²⁸ A. MEILLET, *Aperçu d'une histoire de la langue grecque* (Paris, 1935). He aquí un buen ejemplo de Arquíloco que cita el mismo Meillet: Ἄσπίδα μὲν Σαίων τις ἀγάλλεται, ἦν παρὰ θάμνω ἔντος ἀμώμητον κάλλιπον οὐκ ἐθέλων. *Fr.* 6, Dieh; la palabra esencial del *fr.* nota Meillet, κάλλιπον es totalmente homérica: ausencia de aumento, forma κατ por κατα y asimilación de tau a la líquida siguiente; pero es también homérico el epíteto ἀμώμητον que aquí suena a parodia.

²⁹ A. BLAKEWAY, *The Date of Arquilochos* (Greek Poetry and Life, Oxford 1936) p. 34 ss. intenta referir el eclipse aludido por Arquíloco al anterior de 711 y la edad del poeta de 740 / 30 a 670 / 60.

6. Conquistadores y navegantes

A la verdad, ya no es tan inquietante que Homero viviera en la mitad del siglo VIII o del IX, dado caso que nada nos haga sospechar en ese trecho de cien años mutación esencial en la vida griega. Un siglo, culturalmente hablando, bien puede durar mil años. ¿Qué pasa, pues, en la Hélada durante los siglos IX y VIII en que ponemos la vida y obra de Homero? Porque esto es lo que de verdad interesa: saber cómo el poeta fué hijo de su tiempo y cómo sus geniales creaciones hunden en él sus raíces. Por muy eterna y por encima del tiempo que se nos presente una obra literaria —tal el *Quijote*—, forzosamente está transida de caduca temporalidad. Ahora bien, durante los siglos IX y VIII, el pueblo griego, en sus varias familias o ramas de aqueos, eolios, jonios y hasta dorios, los últimos venidos, está cumpliendo una empresa de transcendentales consecuencias históricas: la obra de la emigración y colonización, que asentará a los helenos en los bordes todos del Mediterráneo y mares adyacentes, como ranas en torno a una laguna, según la inolvidable imagen platónica (*Phaidon*, 109 a, b). Esta obra se venía cumpliendo desde que, en el siglo XII, los invasores dorios, los hijos de Heracles, empujan a la familia aquea a buscarse nuevas tierras y cielos nuevos allende el mar, y se prosiguió hasta el VI, en que es ya gloriosamente helénica la franja de ciudades que va desde el Fais a Chipre, y en que fuertes reinos o potentes imperios del interior ponen dique infranqueable a la oleada inmigratoria de expansión griega. Homero, o sus ascendientes, fué uno de entre los millares que prefirieron la fuga o la aventura a la esclavitud o a la miseria, y hallaron —quién sabe a costa de cuánto sudor y de fatiga, de luchas y de angustias— nueva patria bajo cielo remoto. Una nueva Hélada orlaba la costa asiática frente a la vieja madre patria, nunca olvidada. El nombre de Homero se halla, siquiera con rareza, en Tesalia y Etolia, y puede ser que sea antiguo en estas regiones. Nada tiene, pues, de sorprendente que se halle en la Eólida, si Homero nació en Esmirna; y, aun si es originario de Quíos; el hecho se explicaría fácilmente: Larisa es la capital de los pelasgos tesalios (B 840) y la presencia de Pelasgos entre los primeros colonos de Quíos está atestiguada por Estrabón. No se nos prohíbe, pues,

pensar —concluye Mazon— que Homero fuera nacido de una familia tesalia o eolia emigrada a Esmirna o a Quiós, o primero a Esmirna y luego a Quiós ³⁰. Ciertamente que Homero, adivinando sin duda que lo poético es lo remoto, intenta saltar los cinco o seis siglos que le separan del mundo aqueo, de los esplendores de Argos, Esparta y Micenas, ciudades queridas de Hera y que están ahora sepultadas bajo cenizas y escombros (Δ 51-52) y nos quiere pintar aquellos hombres, alcuña de Zeus, tan distintos y distantes de los mortales que ahora son; pero, en realidad, nos pinta a los hombres de su tiempo, a los héroes de la colonización, navegantes y conquistadores, desarraigados por estirón del azar del suelo patrio, solos ante un mundo desconocido y hostil, forzados a pedirlo y esperararlo todo de su voluntad, de su energía y constancia en la acción, de su fuerza y esfuerzo. «No es un azar —escribe Meillet en una bella página— que las primeras obras literarias de Grecia traduzcan los sentimientos de los hombres que han tomado parte en la colonización. Nada en la Historia da más alta idea de lo que puede la voluntad humana que los progresos de esta nación pequeña que logró, en unos siglos, asegurarse el primer lugar en todo un mar; se sorprende ahí, en un período casi histórico, uno de los actos de desenvolvimiento que ha impuesto a una parte del mundo las lenguas indoeuropeas. La *Iliada* nos presenta bajo forma heroica los combates que los caudillos griegos tuvieron que librar con los antiguos pueblos de las riberas del Mediterráneo, y la *Odisea* nos muestra a sus navegantes de aventura en aventura antes de poder ganar el reposo. No tendrían estos poemas acento tal, no habrían luego conmovido a los que los han leído, no habrían dominado el desenvolvimiento literario de Europa, si no resumieran los sentimientos que han agitado a hombres activos sobre todos, heroicos sobre todos, conquistadores sobre todos» ³¹.

³⁰ Esto explicaría en parte la importancia que se da en la *Iliada* a la leyenda de Aquiles, lo mismo que a la de Meleagro. No olvidemos que una parte de la Etolia, la región de Pleurón y de Calidón, era considerada como eolia» (Cf. THUC. III 102, 5) MAZON, *Introduction*, p. 263.

³¹ MEILLET, *Aperçu*, p. 135. Meillet no se acuerda de nuestros conquistadores y de la gran obra de colonización, por la que medio mundo habla nuestra len-

A la misma conclusión llega Wilamowitz. El carácter noble y cortesano de la epopeya, la despreocupación religiosa que hace de los dioses Hefesto y Ares meras metonimias del fuego y de la guerra, la irreverencia que respiran muchas escenas olímpicas, la ausencia de toda idea de Estado; unos hombres «señores de sí mismos que no se sienten íntimamente ligados por la religión, para quienes la moral de la *αἰδώς*; que en ellos se inicia tiene muy poca fuerza, y que, menos que nada, se sienten obligados por un Estado»; todo nos lleva «a los tiempos de la emigración que lanzó un día a los helenos allende el mar, sin que jamás se llegara en Jonia a una organización firme del Estado... En la época heroica de la que, por otra parte, pretende narrar la epopeya, cuando los señores de Micenas construían su castillo y hasta cuando los de Cnossos levantaban su palacio abierto, las cosas hubieron de tener otro aspecto totalmente diverso. No sólo en la organización militar de Esparta, sino los mismos caballeros de Calcis o de Atenas se fundaban en la subordinación de hombres libres. Los hombres que nos pinta Homero, y según los cuales hemos de imaginar a los de su tiempo, aspiran a un desenvolvimiento, sin límites, de la individualidad, a la manera de un Arquíloco, Hecateo o Heráclito; pero no han alcanzado todavía esa libertad». ³² Alguna razón, pues, tenía Aristarco, cuando ponía a Homero en la época de la colonización de Jonia, aunque no admitamos las precisiones cronológicas que a ésta le asigna. ³³

7. ¿Epopeyas compuestas por sí mismas?

«Homero escribió dos poemas, la *Iliada* y la *Odisea*» ³⁴. Evidentemente, quien hizo tan rotunda, sencilla, ingenua afirmación da pruebas patentes de no conocer, ni por semejas, la teoría wolfiana sobre el origen de los poemas homéricos. Homero no pudo escri-

gua. Por desgracia aún no ha surgido el Homero que nos dé la *Iliada* del descubrimiento, conquista y colonización de América; pero puede venir. Al fin, se trata de hechos recientes, de nuestros días, como quien dice.

³² W. WILAMOWITZ, *Die griechische Literatur*, p. 135.

³³ *Vita Homeri* II, = ALLEN, p. 244.

³⁴ *Vita Plutarchea*. V, = ALLEN, p. 243.

bir la *Iliada* y la *Odisea* por una sencilla razón: en tiempo de Homero no existía la escritura. Los poemas se fueron transmitiendo en forma de cantos sueltos por tradición oral y fué en tiempos de Pisístrato (siglo VI antes de J. C.), cuando se les dió su forma actual. El 800 antes de nuestra era se tomaba bastante comúnmente como fecha de la aparición crepuscular de los primeros escritos en Grecia. El alfabeto no se habría inventado antes de la primera Olimpíada (776 a. de J. C.). Sin embargo, en 1873 entraba en Louvre una inscripción alfabética de un reyezuelo de Moab por nombre Mesá, vasallo que fué de Acab (907-898), rebelado contra su sucesor Jehoram. Era, pues, un personaje conocido de los historiadores hebreos y que mereció una mención en sus anales oficiales hacia el año 900 antes de nuestra era (II *Reg.* 3, 4 ss.). Acab tenía por mujer a Jezabel, hija de Itobaal, rey de los sidonios, que escribía cartas a los ancianos de Israel en nombre y con el sello de su regio esposo. La antigüedad atribuía casi unánimemente a Cadmo la introducción del alfabeto en Grecia y ponía su venida al comienzo del siglo XV: ¡Seis o setecientos años más tarde habían de ignorar las ciudades jonias el uso de la escritura!³⁵ Una serie de descubrimientos arqueológicos en tierras fenicias parecen autorizar a poner la invención del alfabeto en el siglo XV y, quizá, en el XVI a. de Cr., y si lo saben manejar en el IX los poetas de Moab, no preguntemos si los rapsodos de Jonia consignaban en él sus poemas.

Caía, pues, hecho añicos, el pilar maestro de la teoría wolfiana. Otro, sin embargo, quedaba enhiesto: la teoría de los cantos breves que domina aún hoy día a eminentes críticos y es un viejo brote de las ideas románticas sobre los orígenes de la epopeya. Los románticos, con una fe que hoy nos pasma, vieron en los poemas homéricos una poesía popular, una *Volksepik*. Macpherson hizo creer al mundo culto del XVIII que Ossian había vivido siglos y siglos en labios del pueblo de Escocia, de donde él recogiera sus sombríos poemas. Apenas revelado el maravilloso descubrimiento, escribía Diderot por la pluma de Suard (1761):

«La gran poesía, tal como la concebían los antiguos, pertenece

³⁵ Heródoto (V, 58) se hace eco de la antigua tradición que hace a Cadmo y a los fenicios inventores e introductores en Grecia, de las que él mismo llama *Φαινηκία γράμματα*.

más bien a los pueblos todavía bárbaros que no a los pueblos instruídos y civilizados. Hombres salvajes, cuya alma toda, por decirlo así, hacia fuera, no es conmovida más que por objetos físicos, y cuya imaginación está siempre impresionada por los grandes cuadros de la naturaleza; hombres cuyas pasiones no están templadas ni por la educación ni por las leyes y deben conservar toda su impetuosidad, toda su energía; hombres cuyo espíritu, por no tener sino pocas ideas abstractas y sin términos para expresarlas, está forzado a recurrir a imágenes materiales para dar forma a sus pensamientos: hombres así, parecen más propios para hablar el lenguaje de la imaginación y de las pasiones»³⁶.

Las mismas ideas y por las mismas fechas brotan allende el Rhin y de allí, por boca de Herder y Grimm, se dictan como oráculos a Europa. Herder publica en 1776 sus *Volkslieder*, en que incluyó bastantes romances españoles, y veía en aquellos centos de tan varias literaturas «la voz viviente de los pueblos o de la Humanidad misma»³⁷. Grimm (1815) veía en los romances viejos españoles restos venerables de la poesía primitiva, ya extinguida, de cuya aglutinación habían surgido los grandes poemas, en España, por ejemplo, el *Poema del Mio Cid*, los *Nibelungos* en Alemania y la *Iliada* y la *Odisea* entre las epopeyas clásicas. Lachmann, en sus *Betrachtungen über Homers Ilias* (1837-1841; en tercera edición, con adiciones por Haupt, en 1874) quiso llevar a la práctica la teoría wolffiana: dividir la *Iliada* en los cánticos primitivos de que consta. En realidad, Lachmann no hizo sino aplicar a un poema clásico su *Liedertheorie* sobre los *Nibelungos*. El fracaso fué absoluto³⁸. Mas ya antes que los prerrománticos franceses y los románticos alemanes, el italiano Vico y el danés Zoega habían hablado de «aquellas edades lejanas en que siendo la cultura la misma para todos, siendo el saber igual y viviendo en cada uno las fuerzas reunidas en toda la nación, el mismo canto se elevaba acá y allá, y la poesía, como la lengua, era el trabajo común de todos. Pueblos enteros había de

³⁶ V. BERARD, *La résurrection d'Homère* I, p. 75 ss. e *Introduction* I, p. 83.

³⁷ MENENDEZ PIDAL, *Poesía popular y tradicional en la literatura española*. p. 54, «en los romances de América y otros estudios» (1945).

³⁸ Cf. WILAMOWITZ, *Die Illias*, p. 21, quien define el método de Lachmann como un «seltsames Chemisch von Rationalismus und Romantik».

Homeros. Las obras particulares se fundían luego para formar un todo; finalmente un «componedor» reunía el conjunto»³⁹. Nos parece oír, sin la grandilocuencia de Cervantes, a Don Quijote, aren- gando a los atónitos cabreros sobre la edad de oro: «¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos... en que las epopeyas se componían por sí mismas; con la misma espontaneidad que los alcornoques des- prendían las blandas cortezas y producían bellotas las encinas!»⁴⁰. De ahí que la historia no nos hablara de Homero, que era un mito o, a lo más, había existido para zurcir todos estos maravillosos cantos de la turba anónima.

Pero ni la lengua, ni el metro, ni el fondo, ni la forma de los poemas homéricos nos consienten la más remota asimilación a la poesía popular, ni a nada que nazca espontáneamente del alma de cantores varios e innominados. Todo es en ellos trabajo refinado, orfebrería de la palabra, del ritmo y de la imagen, construcción sa- bia de artífice que sabe lo que quiere, lo que puede y lo que debe, tradición, en fin, de escuela y oficio en maravillosa alianza con el más potente genio personal y creador. La perfección, la belleza, la grandeza de estas obras de arte, que se nos presentan sólas y seña- ras en el frontis mismo de la historia de la literatura griega, nos so- brecege de maravilla; el romanticismo, como un resabio de su ten- dencia panteística, se resistía a creer en el milagro del genio indivi- dual; pero nosotros nos resistimos más aún a creer en el genio de la muchedumbre, en un milagro sin taumaturgo. Homero fué ese genial poeta que al final de una larga, secular elaboración de la ma- teria épica, contando ya con los maravillosos instrumentos de len- gua y metro que moldean y ablandan generaciones de artífices an- teriores, y hasta de un estilo fijo y unas convenciones y temas pro- pios del género, compone y escribe sus dos grandes poemas de la *Iliada* y de la *Odisea*, con sus grandezas y sus deficiencias, con sus versos flojos —muy pocos— y sus contradicciones —muy insigni-

³⁹ Cf. BERARD *L'ésurrection*, p. 76. GEAMBATTISTA VICO, *Principi de Scien- za nuova* (Nápoles 1725) afirma que Homero haya sido «una idea, ovvero un carattere eroico di uomini greci, in quanto essi narravano cantando le loro sto- rie». Cf. C. CESSI, o. c. p. 594.

⁴⁰ Que la «Epopeya se compone por sí misma» es frase literal de J. Grimm. Cf. SCHADEWALDT, *Von Homers Welt*, p. 20.

ficantes—, como otros grandes genios han compuesto sus grandes poemas. ¡Extraño caso éste de Homero y sus críticos modernos! L. Laurand, en su bien conocido *Manuel des études grecques et latines* (T. I, p. IV), tratando de justificar su paso del wolfianismo al unitarismo en la cuestión homérica, nos cuenta la emoción con que leyó en las *Interpolationen der Odyssee* de Blass, esta frase cuya verdad le parecía impresionante y digna de ser subrayada: *Ya es tiempo de aplicar a Homero los mismos principios que nos creemos obligados a aplicar a todos los otros autores*». Lo impresionante parece que haya habido que esperar varios siglos hasta que viniera Blass a decir tan patente perogrullada. Como quiera, el ejemplo de Blass y Laurand es decisivo: La crítica homérica no podría aplicarse al *Fausto*, sin multiplicar a Goethe y quién sabe si terminaríamos también por negar su existencia. Aplicada a Cervantes ¿cómo imaginar saliera de la misma péñola el Quijote y el Persiles? Los antiguos trataron con más discreción a Homero. Hasta la aparición del grupo de críticos que lleva el nombre de *chorizontes* (χωρίζοντες «los que separan»), fué unánime la atribución a Homero de las dos grandes epopeyas de la *Iliada* y la *Odisea*. Los corizontes le negaban a Homero la paternidad de la *Odisea*; pero le dejaban en quieta posesión de la *Iliada*. Nada sabemos de sus razones, pues Aristarco, para quien la unidad de autor era un dogma, no quería oír de semejantes herejes.

La opinión de Zenón y Helánico, nombres que nos llegan en títulos de tratados dirigidos por el maestro de la crítica alejandrina contra ellos, fué, de hecho, tenida por una extravagancia: *Graecorum iste morbus fuit quaerere quem numerum Ulixes remigum habuisset, prior scripta esset Ilias an Odyssea, praeterea an eiusdem esset auctoris* (SENECA, *de serenitate vitae* XIII) ⁴¹. Novísimamente, tam-

⁴¹ Un eco, sin embargo, de la antigua polémica contra los *chorizontes* se halla en el capítulo IX del admirable tratado *De sublimi* (περὶ ὑψους), capítulo que Gibbon calificaba como «uno de los más finos monumentos de la antigüedad». El anónimo y fino crítico parece intentar una conciliación. Ni la más leve duda que ambos poemas se deban al mismo y solo genio de Homero; pero representan dos momentos de su fuerza creadora. Los más bellos ejemplos de sublimidad están en la *Iliada*; la *Odisea*, en cambio, es la tendencia al cuento maravilloso, propio de la vejez y del genio que ya declina. La *Iliada* fué compuesta antes que la *Odisea*, que viene a ser como un epílogo de aquélla. Escrita la *Ili-*

bién se les niega la razón. La *Odisea* no es sino la otra faz del mundo heroico de la colonización; la lucha con el terrible enemigo, al que por fin domeña el pueblo griego hasta cabalgar seguro sobre sus anchas espaldas: el mar. Un mismo siglo pudo ver aparecer ambas obras; un mismo genio poético las creó como integración y sublimación plena de la vida y de la obra de su tiempo y de su pueblo, transponiéndolas a un pasado fabuloso y remoto ⁴². Que ambos poemas sean aglutinación de cantos breves primitivos que se fueron pegando no se sabe bien ni cómo, ni cuándo, ni por quién, es el residuo más pertinaz de la teoría wolfiana y romántica. Esta teoría o hipótesis buscó apoyo o referencias en la literatura española, pues en ella, por feliz coincidencia, se habían conservado los cantos breves y los poemas largos —uno por lo menos—, los romances y el *Mío Cid*. Pues bien, si del fallo de la hipótesis aplicada a la epopeya castellana nos es lícito concluir de su inanidad para explicar la formación y creación de las epopeyas homéricas, con absoluta seguridad podemos afirmar que los supuestos cantos sueltos que preceden a las grandes epopeyas son un fantasma que hay que desterrar para siempre del campo de la crítica homérica. Notemos desde luego que, pues al elaborar la teoría de los cantos breves se buscó apoyo en los romances viejos españoles, bien hubiera estado se prestara luego alguna mayor atención a las ideas de Milá, de Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal, que han establecido de modo indubitable y con rigor absoluto la relación histórica entre romancero y epopeya, que es exactamente la contraria que suponen los críticos románticos y sus sucesores ⁴³.

da en la fuerza o vigor del espíritu, toda su estructura es de acción y combate; la *Odisea*, en cambio, es narrativa, como dice con la vejez. En ella puede comparársele a Homero con el sol poniente, con toda su grandeza, pero sin su vehemencia... es un océano que se repliega sobre sí mismo y su flujo y reflujo deja como huellas de su grandeza. No hay que olvidar pasajes sublimes de la *Odisea*, como sus tormentas, el Cíclope y otros. Si hablamos de vejez, es siempre vejez de Homero... Cf. LONGINUS, *on the sublime...* by W. Rhys Roberts (Cambridge, 1935).

⁴² Cf. SCHADEWALDT, *Von Homers Welt und Werk*, p. 112 ss.. «En conclusión las peregrinaciones de Ulises suponen claramente de modo distinto que la Iliada, el interés por el oeste, despertado por las navegaciones calcídicas...»

⁴³ Cf. M. PIDAL, *Poesía tradicional en el romancero hispano-portugués* en «Castilla, la tradición y el idioma» (Buenos Aires 1947) p. 55 ss.

8.—Naufragio épico

A la aparición de la *Iliada* y de la *Odisea*, toda la producción épica anterior hubo de quedar eclipsada, y toda la posterior sometida al cetro de Homero, como los reyes todos ante los muros de Troya —aun Aquiles divino— al cetro del rey de reyes Agamenón. De ahí que se atribuyan a Homero toda una serie de obras, prácticamente toda la producción épica, si bien nunca con la unanimidad y certeza de los dos sumos poemas. Heródoto, por ejemplo, puede decirse que precede a los críticos del siglo XIX en su método de confrontación de poemas para descubrir contradicciones en pugna con la autenticidad; y así, de la que halla entre pasajes de la *Iliada* y la *Odisea* y los poemas ciprios concluye que éstos «no son de Homero, sino de algún otro» (II, 117). Mas el hecho de que no sepa ya decir de quién, demuestra cuán completo fue el eclipse de los nombres de los poetas ante el nombre señero de Homero. Las mismas dudas que Heródoto tendrían otros, y la misma certeza sobre su paternidad de la *Iliada* y la *Odisea*. En el convite de Jenofonte se nos cuenta de un tal Nicérato a quien su padre, «queriendo que el hijo llegara a ser bueno y noble, le obligó a aprenderse todos los versos de Homero πάντα τὰ Ὅμηρου ἔπη; y ahora —dice Nicérato— sería yo capaz de recitar de coro toda la *Iliada* y la *Odisea* ⁴⁴. Para Aristóteles son obras auténticas de Homero la *Iliada*, la *Odisea* y el *Margites*, si bien en la homericidad de éste —nota Rostagni— más bien cree por comodidad de teorizante que por convicción de erudito ⁴⁵.

⁴⁴ JEN. *Symp.* 14, 5, 6.

⁴⁵ Cf. ARISTÓTELE, *Poetica*. Introduzione, testo e commento di Augusto Rostagni, 2.^a ed. (Torino 1945) p. 20. Dos especies hay de poesía —dice Aristóteles— que dimanán del carácter mismo de los poetas: la seria y la jocosa. La maravilla está (y ello refuta la teoría misma de Aristóteles) en que «Homero, así como en lo serio es el más grande de los poetas, pues no sólo compuso bellamente sus imitaciones, sino que las hizo dramáticas; así fué el primero en mostrar las formas de la comedia, presentando en acción, no invectivas, sino burlas. Y, en efecto, el *Margites* es a la comedia, lo que la *Iliada* y la *Odisea* son a la tragedia». Como Aristóteles, Calímaco admiraba también el *Margites* y, podemos lamentar su pérdida prácticamente absoluta, pues sólo se conserva algún

Huelga citar aquí toda esa producción pseudo-homérica, que nos ha llegado fragmentariamente en su inmensa mayoría, como restos del gran naufragio de la poesía épica griega. Sus temas pasaron a la lírica o a la tragedia, donde cobraron vida imperecedera; por su forma —observa Wilamowitz— debió de ser merecido que ya hacia el 250 a. de J. C., toda esa masa épica ya no tuviera leyentes ⁴⁶.

9. Padre de la poesía

Aun dejándole a Homero sólo sus dos grandes poemas, ellos le bastan para que toda la posteridad —helénica, latina y moderna— le haya proclamado padre de la poesía, el más grande y más divino de los poetas de todos los tiempos, que ha dominado no sólo el desenvolvimiento de la literatura griega, sino, en buena parte también, el de la literatura latina y aun de toda la literatura europea. La poesía elegíaca y yámbica de Jonia y de la Grecia propia, que sucede a la epopeya o convive con sus últimas creaciones; la lírica eolia de Alceo y Safo; la gran lírica coral del Alcmán a Píndaro, las creaciones sin par de la tragedia ática; toda la primavera y flor de la literatura griega en sus mejores momentos, vive y se penetra de sabia homérica, sin perder nada de su originalidad y frescura de hon-tanar primero en cada autor y en cada género ⁴⁷. Estesícoro, el lírico; Arquíloco, el elegíaco y terrible disparador de yambos; Heródoto, padre de la historia y, por encima de todos, Platón, el más genial de los poetas en prosa, son llamados ὁμηρικώτατοι «homéri-

que otro verso, por ejemplo éste que retrata al héroe del poema: πολλὰ ἤπιστατο ἔργα, κακῶς δ' ἤπιστατο πάντα. Cf. PLAT., II Alc. 147 b; ARIST., Ethic. Nic. VI, 7, 1141 a 15; CLEM. AL., Strom. I, 4, 25, 1.

⁴⁶ Los fragmentos u obras conservadas se hallan en ALLEN, *Homeri opera* V. L. Segalá, en sus obras completas de Homero, se impuso la ímproba tarea de traducirlo todo.

⁴⁷ V, BERARD, en su inmensa bibliografía homérica de la *Introduction à l'Odyssée*, cita una serie de trabajos sobre imitaciones homéricas: Tucídides, Solón, Sófocles, Esquilo, Eurípides, los cómicos, los elegíacos entran en el número de imitadores o influídos de Homero. Renuncio a citar todos esos trabajos —alemanes e ingleses— por ser para nosotros inaccesibles.

cos en grado superlativo», por el más fino crítico de la antigüedad. El capítulo XIII del *peri hypsous* es también de alto valor crítico. No importa que se nos hable aquí de *mímesis*. Platón no fué un imitador pedestre ni un plagiaro de Homero. Como de la grieta de la tierra a que se acerca la Pítia, se exhala vapor divino que le comunica la inspiración; tal también de las grandes obras de los antiguos. De la gran corriente homérica —¡un océano de poesía!— Platón supo derivar incontables riachuelos y por ello tiene su obra tan alto valor poético. Más que imitador de Homero, Platón fué su émulo y esta emulación —dice Hesíodo— es buena para los mortales, como que aquí aun el ser vencido es una gloria. Todo lector, todo amigo de Platón sabe que su obra entera está penetrada de aliento homérico y raro será el diálogo en que no aparezca el divino —el más divino— poeta. Aristóteles sentará su teoría de la epopeya sin apartar un instante su mirada de los poemas homéricos y de Homero, para quien toda su admiración es poca: «Si le comparamos con los otros, Homero nos parecerá maravilloso...» (*Poet.* 1459 a). Alejandro, para citar el más alto ejemplo de hombre de acción de toda la historia griega, se educa bajo la sugestión de los héroes homéricos, los invoca sobre las ruinas de Ilio y envidia al más grande de todos, porque en vida tuvo un amigo fiel y después de su muerte un gran poeta, como si presintiera que ambas cosas le habían de faltar a él ⁴⁸. Para los siglos de la antigüedad poniente, Homero fué «el poeta», y un simple *φησι* bastaba para citarle —y citarle casi como autoridad divina—, lo mismo que judíos y cristianos la Escritura.

¿Qué misteriosa fuerza, pues, hay en una poesía que tras dominar al pueblo y a la raza que la oyó primero, ha pasado inmarchita los siglos y las edades con sus profundos cambios de pensar y sentir y ha triunfado indefectiblemente del tenaz esfuerzo destructor de los críticos? Ciñéndose a la *Iliada*, uno de los mejores conocedores que en los últimos tiempos ha tenido la ciencia alemana, de de la antigüedad helénica, escribió esta bella síntesis:

«La *Iliada* es el fundamento de toda la literatura griega y puede sostener todo este maravilloso edificio. Poema narrativo y, sin

⁴⁸ PLUT, *Vitae, Alexander* 5, 8 y 15.

embargo, con tal cantidad de discurso directo que los griegos no lo consideraron jamás como pura narración; comprende muchos millares de versos y, sin embargo, conserva tal unidad de acción y de espíritu que hubo de darle su forma la voluntad de un hombre; vario en la materia y, sin embargo, penetrado siempre de noble actitud de seriedad; a menudo transido de la más profunda simpatía del poeta y, sin embargo, jamás deja emerger la persona de éste; una imagen de la vida de tan inagotable riqueza que a muchos pudo parecer su dechado acabado; lleva al oyente a través del cielo y del infierno y a lo ancho de esta hermosa tierra con sus montañas y jardines, con sus animales de la selva y los familiares compañeros del hombre, con sus tempestades y su cielo estrellado y, con más gusto aún, por aquel mar del sur de blanca espuma, mar siempre nuevo, negro, purpúreo, violáceo, azulado o gris, y, sin embargo, halla su centro en el corazón del hombre, que es más agitado que el propio mar del sur»⁴⁹.

10.—Antes de Agamemnon, hubo valientes

La poesía homérica en grado de perfección y densidad suma, como toda poesía en el grado de genialidad de su creador, se integra de elementos de fondo y forma —no hay otro remedio que volver a estas viejas fórmulas irremplazables—, de lengua, verso, imágenes, fábula y, tras todo eso, del alma misma del poeta que infunde su aliento, potente y divino aquí, en los mismos elementos, en el mismo barro que está al alcance de otra mano cualquiera. Ni la lengua, ni el metro, ni la fábula o materia de la epopeya es hallazgo homérico; lo homérico es el genio que con lengua, metro y fábula recibida de secular herencia crea, gracias a su aliento divino, los dos imperecederos poemas. El tantas veces mentado anónimo *perihypsous* comentando la descripción que da Homero de la Eris o Emulación,⁵⁰ dice: «La distancia de la tierra al cielo; y ésta, más

⁴⁹ WILAMOWITZ, *Die Griechische Literatur*, p. 7 s.

⁵⁰ ... Ἔρις ἄμοτον μεμάνια Δ 44 ss. «La Emulación con ardor desmesurado, hermana y compañera de Ares, asesino de guerreros, la que menuda se arma de primero, mas enseguida en el cielo afirma su cabeza y sobre el suelo camina».

bien dijérase que es la medida del alma de Homero, que no la de Eris» (*Peri hypsous* 11, 4). La *Iliada*, con sus grandes héroes transidos de humanidad, como Héctor; arrebatados de impetuosa pasión como Aquiles y Agamemnón; maestros en la dulce palabra persuasiva, como Néstor; tenaces en la acción, como Ayante, por el poeta mismo comparado al asno tozudo contra los duros palos; ingeniosos y de mil recursos, como Ulises; todo el mundo, en fin, múltiple y vario como la vida misma, que se mueve y agita, goza y sufre, combate y muere entre la sinfonía de los miles de hexámetros, son también la medida del alma de Homero, si bien aquí queremos, por ser de justicia, dar su parte de razón a los remotos románticos que oían en él la voz de todo el pueblo helénico, un oceánico rumor de toda la raza griega que en él halló su verbo. Como hubo valientes antes de Agamemnón —*uixere fortes ante Agamemnona*⁵¹, hubo también poetas antes de Homero y «es de suponer —diremos con Aristóteles— que fueron muchos, siquiera no podamos señalar el nombre de ninguno»⁵².

Y con palabras de un moderno: «Yo creo en la obra de un gran poeta, que trabaja sobre sus modelos y construye con mano de artista, con mano sabia, la obra maestra de los *Nostoi* o «Retornos» —la obra maestra de la *Iliada*, decimos nosotros—, no de todas sus piezas, sino tomando su bien dondequiera lo halla. Antes de él, un largo trabajo casi inconsciente de la muchedumbre, luego un trabajo muy consciente de los precursores, había preparado los medios de expresión (lengua, verso, ritmo, peripecias y escenas), los temas, los tipos y las convenciones del género. Jamás se ha visto que una obra maestra haya aparecido sin este trabajo y estos tanteos de los precursores». ⁵³ ¡Quién sabe, pues, las corrientes mil de ficción e historia, de realidad y de fantasía, que, desde la época micénica y aún más arriba, desde los siglos de oro de Creta, han podido des-

⁵¹ HORACIO, *Carm.* IV, 9, 25.

⁵² ARIST., *Poet.* 1448 b. El τοιοῦτον ποίημα del pasaje famoso no se refiere a la epopeya, sino a obras de sátira o burlas, a cuyo género pertenece el *Margites*; pero lo que Aristóteles dice de éstas, puede, sin más, extenderse a la epopeya.

⁵³ V. BERARD, *La résurrection d'Homère*, I, p. 235.

embocar en este mar océano de la poesía homérica! Sí, en ella nos habla el pueblo y la raza helénica por boca de su máximo hipofeta; pero si éste hunde sus raíces en su raza, en la historia, tradiciones y genio de su pueblo, se levanta luego como la Eris que él mismo nos describe, para asentar su cabeza sobre el firmamento.

Homero aparece en el umbral de la historia de la literatura griega; pero cometeríamos craso error si, por ser el primer poeta griego, le tuviéramos también por primitivo. Sus poemas son una cima y si nos aparecen aislados, señeros e inaccesibles, ello es mero azar de la tradición que los guardó como tesoros y dejó perecer, sin llanto de erudito, todo lo que les precedió y siguió en materia épica. Con él termina un mundo y se inicia otro. Por modo semejante, el *Quijote* es el último y mejor de los libros de caballería y, a la par, la primera y mejor de las novelas modernas. ¿Y quién se gloriará de haber leído la historia de Palmerín de Inglaterra y aún el mismo Amadís de Gaula?

DANIEL RUIZ BUENO, Pbro.